
**1924-2024 UN SIGLO ENTRE LO KAFKIANO Y LO
KAFKALÓGICO. PODER, MÁQUINA BUROCRÁTICA Y
SUBORDINACIÓN Y ALIENACIÓN LABORALES EN LA OBRA
DE FRANZ KAFKA**

**1924-2024 A KAFKAESQUE AND KAFKOLOGICAL CENTURY.
POWER, THE BUREAUCRATIC MACHINE, AND LABOR
SUBORDINATION AND ALIENATION IN FRANZ KAFKA'S
BODY OF WORK**

Carlos Ernesto MOLINA M.

Abogado, Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín (Colombia) y Doctor en Derecho, Universidad Santo Tomás, Bogotá (Colombia). Especialista en libertad sindical, OIT y universidades de Bolonia y Castilla-La Mancha, y en normas internacionales del trabajo, CINTERFOR-OIT. Profesor de posgrado en las universidades del Rosario, Javeriana, Bogotá, ICESI, Cali, y Pontificia Bolivariana, Medellín (Colombia). Miembro de número 23 de la Academia Iberoamericana de Derecho del Trabajo y de la Seguridad Social.

cemolina38@hotmail.com

Fecha de envío: 03/08/2024

Fecha de aceptación: 30/08/2024

**1924-2024 UN SIGLO ENTRE LO KAFKIANO Y LO KAFKALÓGICO.
PODER, MÁQUINA BUROCRÁTICA Y SUBORDINACIÓN Y ALIENACIÓN
LABORALES EN LA OBRA DE FRANZ KAFKA**

Carlos Ernesto MOLINA M.

Academia Iberoamericana de Derecho del Trabajo y de la Seguridad Social

Resumen: Franz Kafka, uno de los más renombrados y admirados escritores modernos, era abogado, aunque esa profesión -que estudió más por imposición paterna que por gusto propio-, la ejerció, no liberalmente, sino como abogado corporativo, especialmente en el Instituto de seguros de accidentes de trabajo de Bohemia (hoy República Checa). Pero su verdadera pasión fue la literatura y a ella dedicó buena parte de su corta vida (murió pocas semanas antes de cumplir 41 años). Escribía febrilmente luego de terminar su jornada laboral y hasta la madrugada.

El estilo literario de Kafka fue pionero, pues, si bien se basa en la realidad, sus relatos son a menudo fantásticos, oníricos, simbólicos y frecuentemente distorsionadores de esa realidad. Ese particular talante de Kafka induce a que sus relatos sean objeto de diversas interpretaciones (místicas, existencialistas, sociológicas, marxistas, etc.). Tal diversidad de interpretaciones es lo que Kundera ha llamado “kafkalogía”, que se sobrepone a la realidad transfigurada que elabora el praguense.

En este ensayo se presentan tres temas transversales en la obra de Kafka, que se entremezclan en ella, sin que ninguno pueda reclamar un protagonismo exclusivo: el poder (y tangencialmente el derecho), la máquina burocrática y la alienación que frecuentemente acompaña la subordinación laboral. Con el fin de entender de mejor manera estos temas en la obra de Kafka, se describen los contextos históricos, políticos y jurídicos propios de los albores del siglo XX, época en la que Kafka vivió y que fueron el telón de fondo de sus obras. Con ello no debe entenderse que su obra quedó anclada en aquella época, puesto que

ella -y esa es una de sus características más protuberantes-, es intemporal y premonitoria de muchos de los fenómenos sociales y políticos que hoy vivimos.

Palabras clave: Kafka - Poder - Burocracia - Subordinación - Alienación

Sumario: 1. El ejercicio del derecho y el oficio de escritor en Franz Kafka. 2. Lo kafkiano y lo kafkalógico. 3. Un tema transversal en la obra de Kafka: el poder omnipresente (y tangencialmente el derecho). 4. Y otro tema transversal: la máquina burocrática. 5. La subordinación y la alienación por el trabajo: “La metamorfosis”.

Abstract: One of the most renowned and admired modern writers, Franz Kafka, was also a lawyer. However, his study of law was the result of paternal imposition more than his own preference, and he did not establish an independent law practice but rather worked as a corporate lawyer, primarily in the Workers' Accident Insurance Institute in Bohemia (now the Czech Republic). Yet his true passion was literature, to which he dedicated a large portion of his short life (he died shortly after turning 41), writing feverishly from the moment he left his office until dawn.

Kafka's literary style was groundbreaking. His stories, while based on reality, are often fantastic, dreamlike, symbolic, and frequently distorted reality. This particular capacity has led to different interpretations (mystical, existentialist, sociological, marxist, etc.) of Kafka's stories. This diverse range of interpretations is what Milan Kundera termed “Kafkology” which is superimposed on the transfigured reality described by the writer from Prague.

This article presents three interwoven and central themes in Kafka's works, none of which is the unique protagonist: power (and, indirectly, law), the bureaucratic machine, and the alienation that frequently accompanies labor subordination. To better understand these topics, this text describes the historical, political, and legal contexts of the early twentieth century, the period in which Kafka lived and the backdrop for his writing. However, this does not mean that his writings remain anchored in that era, as timelessness is one of the most striking characteristics

of his work, which predicted many of the social and political phenomena that we are experiencing today.

Keywords: Kafka - Power - Bureaucracy - Subordination - Alienation

Summary: 1. Franz Kafka's practice of law and writing. 2. Kafkaesque and Kafkalogy. 3. A central theme in Kafka's works: omnipresent power (and, indirectly, law). 4. Another central theme: the bureaucratic machine. 5. Labor subordination and alienation: "The Metamorphosis".

«Kafka fue quien me hizo comprender
que se puede escribir de otra manera».

Gabriel García Márquez.

Hace 100 años fallecía Franz Kafka.

Kafka, uno de los más importantes e influyentes escritores del siglo XX (Borges lo calificó como “el gran escritor clásico de nuestro atormentado y extraño siglo”), era abogado. Después del *Gimnasium* (bachillerato), estudió química y también letras germánicas durante un cortísimo tiempo, para luego cursar la carrera de derecho en la Universidad Real Alemana de Praga (fundada en 1348 y de la que egresaron otros famosos, como Nikola Tesla, Rainer María Rilke o Milan Kundera). Recibió el título de doctor en jurisprudencia el 18 de julio de 1906.

De ascendencia judía asquenazí (su nombre hebreo era *Amschel*) y primogénito de una familia pequeñoburguesa de Bohemia del Sur, Franz Kafka nació el 3 de julio de 1883 en Praga (ciudad por entonces perteneciente al imperio austrohúngaro y hoy capital de la República Checa), y falleció casi 41 años después, el 3 de junio de 1924, en Kierling (Austria). Como es sabido, años antes de su muerte Kafka pidió a su amigo Max Brod que, cuando esta sobreviniera, incinerara todos sus manuscritos -salvo unos pocos relatos. Esa última voluntad del escritor fue desatendida por Brod ya que, años después, este publicó buena parte de la obra de su amigo. Fue por ese desacatamiento (algunos lo calificarían de deslealtad), que el mundo pudo conocer la creación literaria de Franz Kafka, que hasta su muerte solo era conocida por un reducido círculo de personas.

La cultura alemana tuvo enorme influencia en su Bohemia natal, lo que explica que Kafka hablara alemán y escribiera toda su obra en ese idioma. De ahí que se le considere como uno de los más importantes escritores en esa lengua. Prueba de ello son los innumerables homenajes que en el primer centenario de su muerte se realizan en el presente año en toda Alemania.

1. El ejercicio del derecho y el oficio de escritor en Franz Kafka

Kafka no estudió derecho por propia convicción, sino más por imposición de su padre, Hermann Kafka, un hombre rudo y autoritario con quien tuvo desde su infancia una relación tensa, difícil y verdaderamente neurótica, como lo muestra el propio escritor en su “Carta al padre”, escrita en noviembre de 1919 y publicada póstumamente en 1952, misiva que, paradójicamente, nunca fue conocida por su destinatario.

Otro praguense como él -y también judío-, nacido en 1881, o sea poco tiempo antes de Kafka, igual que éste había iniciado y cursado estudios de derecho sin mucha convicción y tuvo asimismo inquietudes literarias: Hans Kelsen. Sin embargo, aunque ambos ejercieron el derecho, Kafka, a diferencia de Kelsen, lo hizo con cierta desafección, aunque de manera eficiente según se ha comprobado.

El ejercicio del derecho fue para Kafka una forma “utilitaria” de ganarse la vida, y permitirse dedicar tiempo al verdadero objeto de su interés: la literatura. Otros escritores hicieron lo mismo, como Svevo, Kavafis o Pessoa, quienes mantuvieron sus actividades profesionales, al tiempo que hacían literatura. En contraste, Kelsen, luego de graduarse como abogado, superó su decepción inicial por el derecho y abrazó esta disciplina con singular pasión y exclusividad, al punto de convertirse en uno de los más excelsos juristas de la historia. Kafka tampoco abandonó el derecho, a diferencia de otros grandes escritores, que lo estudiaron (y algunos de ellos se graduaron como abogados), pero que lo abandonaron o abjuraron de él para dedicarse con exclusividad al oficio de escritores, como Tolstoy, Flaubert, Verne, Vargas Llosa o Carlos Fuentes.

Según Max Brod -gran amigo, albacea y primer biógrafo de Kafka-, “*la creación artística era [su] única atracción genuina (...)*”. En una carta dirigida por Kafka a Felice Bauer -con quien sostuvo una relación amorosa durante varios años-, afirmaba: “*todo mi ser se centra en la literatura (...) si alguna vez lo abandono, dejaré de vivir. De ello deriva todo cuanto soy y cuanto soy y no soy*”. Y en otra de sus misivas le decía: “*Yo no tengo interés por la Literatura, sino que estoy hecho de Literatura, no soy otra cosa y no puedo ser otra cosa*”.

Kafka, entonces, distinguía entre lo que él mismo llamaba “trabajo alimenticio”, que se expresaba en su carácter de empleado-abogado, y el “trabajo de creación” –o “el otro Kafka”, como lo denominó Stach, uno de sus biógrafos. Terminaba diariamente su “trabajo alimenticio” a las 2 pm y, luego de un descanso, ingresaba a su mundo literario: escribía sus relatos hasta muy entrada la noche, o incluso hasta el amanecer (“hasta la una, las dos o las tres de la madrugada”. Por eso escribió: “hay momentos en la oficina en que, hablando o dictando, estoy más dormido que durante el sueño”. No hay duda de que estas extenuantes jornadas agravaron su tuberculosis, por la que fue pensionado en 1922, a los 39 años, y que le llevó a la tumba dos años después.

2. Lo kafkiano y lo kafkalógico

En el diccionario de la RAE, la palabra “kafkiano/na” es un adjetivo que no solo complementa algo perteneciente o relativo a Franz Kafka, o que posee rasgos característicos de su obra: absurdas, complejas, laberínticas, enigmáticas, inhumanas, y frecuentemente abstrusas y sin salida), sino que también califica una situación como “absurda, angustiada”, o, como dice Georg Steiner, referida *“a las constantes de inhumanidad y absurdo de nuestros tiempos”*.

Cuando el lector desprevenido lee por vez primera a Kafka, confía en ser rápidamente seducido por la obra. Como el promedio de los lectores de novelas y cuentos, quizás espera una trama lineal, realista, sensata, acaso con interrupciones espacio temporales y probablemente con desenlaces sorprendentes o acaso desconcertantes. Pero, para su sorpresa, el escritor rompe con esa frecuente y apetecida narrativa y lo despeña abruptamente por los acantilados del asombro, la absurdidad, la culpa, la alienación y el poder opresivo, o lo introduce a los mundos grotescos y desasosegadores de las pesadillas. Pese a ello, también hay humor en su obra, pues de lo absurdo y lo insólito derivan muchas veces situaciones hilarantes y tragicómicas. De ahí que Kafka puede, como escribió Hanna Arendt, envolver a sus lectores en *“una fascinación vaga y general, incluso en las historias que no consiguen comprender (...) hasta que un*

día el significado oculto de ellas se les revela con la súbita evidencia de una verdad simple e incontestable”.

Por eso Kafka es un autor para releer. Albert Camus, decía que *“todo el arte de Kafka consiste en obligar al lector a releer. Sus desenlaces, o la ausencia de desenlaces, sugieren explicaciones, pero que no se revelan claramente y que exigen, para que parezcan fundadas, una nueva lectura del relato desde otro ángulo”.* Quienes hemos leído a Kafka y ya estamos en la madurez de la vida, entendemos muy bien que la relectura de sus obras permite a veces hallar una resignificación de las acepciones que habíamos encontrado en las primeras lecturas que hicimos en la ya distante juventud. De ahí que la obra del praguense se ubique en el olimpo de los clásicos, pues estos, como anotaba Calvino, son libros de los que se dice “estoy releendo” y “nunca terminan de decir lo que tienen qué decir”.

Esa necesidad de releerlo está instigada por el simbolismo que caracteriza la obra de Kafka, dentro del cual las parábolas y alegorías son su estrategia retórica preferida, como lo subraya el crítico alemán Walter Benjamin, quien, al igual que George Steiner, o Ulf Abraham -y esta es una de las múltiples lecturas de la obra del praguense-, las conecta con textos rabínicos. Esa metaforización llevó a decir a Borges, que *“el destino de Kafka fue transmutar las circunstancias y las agonías en fábulas”.*

Entender este sentido alegórico es esencial para aproximarse sustancialmente a la obra del praguense, porque ese sentido es el que le impregna una de sus características esenciales a su obra: la intemporalidad. En efecto, las narraciones de Kafka, a pesar de haber sido escritas en los albores del siglo XX, conservan vigencia para el mundo de hoy. Ya lo había anotado Benjamin: *“la obra de Kafka es una obra profética”*, pues las singularidades de esa obra deben ser entendidas como *“signos, indicios y síntomas”* de desplazamientos sociales que el escritor siente abriéndose paso en todas las relaciones, *“sin poder él mismo adaptarse a los nuevos órdenes”.*

La obra de Kafka no consiste en narraciones realísticas, es decir, sus relatos no son espejos que reflejan fielmente la realidad (mímesis). Quien busque en su obra ese realismo va a frustrarse y caerá en un abismo de perplejidad.

Kafka hace en literatura, de manera absolutamente pionera, lo que más tarde hicieron, en la pintura, Dalí, Miró, Magritte, Chagall, Agar, Varo o Ray, quienes en sus obras no reflejan la realidad, sino que la expresan con ópticas oníricas, fantásticas y frecuentemente distorsionadas. Kafka, como atinadamente dice Stach, aprehende la realidad, pero la transforma en signos.

Ese carácter no figurativo de su obra es lo que ha propiciado que se la haya convertido en objeto de múltiples hermenéuticas, desde las religiosas hasta las marxistas, pasando por las existencialistas, psicológicas, sociológicas, etc., cada una de las cuales reclama el “derecho” a “explicar” de manera excluyente la obra de Kafka.

En *“Los testamentos traicionados”*, Milan Kundera, califica esa multiplicidad de interpretaciones como “kafkalogía”, sosteniendo que ese heterogéneo conjunto exegético ha creado una imagen del escritor, que es *“independiente de la obra de Kafka, [y que] se alimenta tan sólo de sí misma (...) de tal manera que el autor que el público conoce con el nombre de Kafka ya no es Kafka, sino el Kafka kafkalogizado”*. Y luego define la kafkalogía así: *“es el discurso destinado a kafkalogizar a Kafka. A sustituir a Kafka por el Kafka kafkalogizado. Para Kundera, Kafka simplemente capta el mundo real, pero -y he ahí la radicalidad de su revolución estética-, “al mismo tiempo se entrega a un hechizante juego de fantasía”, en una fusión de realidad y sueño (1998, p. 22) Es lo que Breton proclamaba en el primer “Manifiesto del surrealismo” (publicado el mismo año de la muerte de Kafka): “Yo creo firmemente en la fusión futura de esos dos estados, aparentemente tan contradictorios: el sueño y la realidad, en una especie de realidad absoluta, de superealidad”*.

Esa superealidad, que muchas veces es polifacética, es la que rechaza interpretaciones unívocas de cualquier obra de Kafka. Podría sostenerse que, en la práctica, cada uno de sus lectores puede adoptar una interpretación propia, sobre la misma obra. Empero, en lo que muchos consensúan, es en considerar que la obra de Kafka tiene, como telón de fondo, la angustia, la falta de sentido de la vida y la alienación (algunos de sus personajes son extraños dentro de sus propias vidas), características frecuentes en los seres humanos de la sociedad moderna y particularmente de la industrial.

3. Un tema transversal en la obra de Kafka: el poder omnipresente (y tangencialmente el derecho)

La obra de Kafka es un entramado de temas transversales. En casi todos sus relatos se entretejen e imbrican distintos temas, sin que alguno de ellos pueda reclamar protagonismo exclusivo. Descubrirlos (sin que se trate de hacer “kafkalogía) y advertir cómo se entremezclan, permite un mejor entendimiento de su obra, aunque eso no necesariamente significa arribar a claridades absolutas -cosa que es imposible con Kafka. He elegido tres de esos temas -el poder, la burocracia y la alienación laboral-, aunque esa selección no implica demeritar la importancia de otros, que por razones de espacio no se tratarán aquí.

Comenzaré por el fenómeno del poder en la época de Kafka y sus tangenciales conexiones con el derecho.

Sobrepasa las pretensiones de este escrito hacer discernimientos sobre lo que significan el poder y el derecho. Kafka mismo no aborda esta reflexión en su obra -, pues él no es propiamente un escritor de temas políticos ni jurídicos y por el contrario mostró aversión hacia los ejercicios conceptuales de esta o de cualquier otra índole. Baste decir entonces que, partiendo de un planteamiento meramente intuitivo, poder y derecho son dos fenómenos diferentes, pero que están estrechamente relacionados. En cualquier tipo de sociedad -pero particularmente en las democracias modernas-, el ejercicio del poder es acotado y regulado por el derecho, pero éste, a su vez, necesita del poder con el fin de persuadir de su cumplimiento (por ejemplo, el carácter coactivo de la norma jurídica, en la concepción kelseniana)

Entender el contexto social y político que le tocó vivir a Kafka, puede ayudar al lector a entender el fenómeno del poder en su época y la forma como el escritor construye la alegoría.

Los años de mayor producción literaria de Kafka estuvieron signados por los frecuentes brotes de rebeldía de muchas de las minorías étnicas y nacionalistas que hacían parte del Imperio Austrohúngaro y, además, a partir de

1914, por la participación protagónica y posterior derrota del imperio en la Primera Guerra mundial¹. Estas dos circunstancias llevaron a despliegues de poder que dejaron huella en la obra de Kafka.

El imperio Austrohúngaro fue un estado multinacional, que integraba el Imperio Austríaco y el Reino de Hungría (monarquía dual), bajo un solo emperador. Estaba conformado por 18 regiones, entre ellas Bohemia. El imperio cobijaba distintas etnias, como los bosnios, eslovacos, checos, croatas, húngaros, eslovenos, rutenos, etc., además de una numerosa población judía, de la cual formaba parte Kafka. Cada estado que conformaba el imperio tenía cierto grado de autonomía para sus asuntos internos (los asuntos exteriores, de defensa y financieros se dirigían por el imperio). De esta manera, cada uno tenía un primer ministro, con amplias atribuciones, nombrado por el emperador, una dieta (parlamento) cuyos miembros eran en parte designados democráticamente en cada territorio y una amplia burocracia.

En 1882, el imperio Austrohúngaro conformó, junto con el entonces imperio alemán (se adhirieron luego el Imperio Otomano y el Reino de Bulgaria), la coalición llamada "Triple alianza" (o "Potencias Centrales"). A raíz de esta coalición se formó, al lado opuesto, la "Triple entente", entre Francia, Gran Bretaña y Rusia.

El asesinato del archiduque Francisco Fernando, sobrino del Emperador Francisco José y heredero al trono de Austria, el 28 de junio de 1914 en Sarajevo (Bosnia-Herzegovina), provincia que había sido anexionada en 1908, exacerbó el nacionalismo bosnio y desencadenó una serie de eventos que llevaron al estallido de la Primera Guerra mundial, en la que la "Triple alianza" se enfrentó a la "Triple Entente".

Las medidas de policía y de excepción tomadas por las autoridades a raíz del atentado de Sarajevo y luego con ocasión de "la gran guerra", crearon una atmósfera de temor e intimidación en el territorio de Austria-Hungría. Mantener la unidad en el variopinto conglomerado de etnias, enfrentar los alzamientos

¹ Bohemia, la tierra donde nació Kafka (hoy, República Checa), tuvo una larga historia, que se remonta al Sacro imperio romano germánico, y aún desde antes. Después de la disolución de éste en 1806, Bohemia pasó a formar parte del Imperio austríaco de los Habsburgo y, posteriormente, del Imperio Austrohúngaro, a partir de 1867.

nacionalistas y revueltas de algunos de esos grupos, que demandaban autonomía y emancipación para sus naciones, y, de contera, atender las demandas de la guerra, exigió frecuentemente la adopción de medidas marciales o de excepción, por parte de los gobiernos dentro del imperio. Por ejemplo, entre 1911 y 1916 (o sea, en la época de mayor producción literaria de Kafka), en la región Cisleitania (la parte austríaca del Imperio, que incluía a Bohemia), el primer ministro Karl von Stürgkh gobernó mediante decretos² y clausuró la Dieta de Bohemia. Además, dispuso que ciertas regiones quedaran bajo la autoridad directa del ejército, y éste fue investido con poderes para combatir actividades consideradas subversivas.

Según Cornwall, a partir de 1914 (la “Gran guerra” estalló a fines de julio), se prohibieron las manifestaciones públicas, se presentaron detenciones arbitrarias, sin juicio, y se impuso una estricta censura de la prensa, con el fin de garantizar una presentación oficial de las noticias de la guerra. Se detenía a los sospechosos rusófilos y a los eslavos, a quienes los servicios secretos del estado habían previamente señalado, así como a aquellos tenidos por “traidores” serbios y rutenos, irrespetando sus libertades civiles. Algunos de ellos fueron sometidos a juicios públicos, otros lo serían a consejos de guerra sumarísimos y luego ejecutados, en tanto que la mayoría eran encarcelados indefinidamente.

La “Triple alianza”, como se sabe, resultó derrotada en la primera guerra mundial por la “Triple Entente”. Esta derrota, aunada a las incesantes aspiraciones nacionalistas, fueron las causas eficientes de la disgregación del Imperio Austrohúngaro en 1918. Surgieron, entonces, Austria y Hungría como estados independientes y Bohemia se incorporó a la Primera República Checoslovaca (unión de Bohemia, Moravia, Eslovaquia y otros territorios)³.

² Hannah Arendt, en “Los orígenes del totalitarismo”, afirma: “*Legalmente, el Gobierno por la burocracia es el Gobierno por decreto, y esto significa que el poder, que en el Gobierno constitucional sólo exige el cumplimiento de la ley, se convierte en fuente directa de toda la legislación (...) En los Gobiernos por la burocracia los decretos aparecen en su pura desnudez como si ya no fuesen dictados por hombres poderosos, sino que constituyeran la encarnación del poder mismo y el administrador fuera exclusivamente su agente accidental (...) Los pueblos gobernados por decreto nunca conocen quién les gobierna en razón de la imposibilidad de comprender los decretos en sí mismos y la ignorancia cuidadosamente organizada de las circunstancias específicas y de su significado práctico en la que todos los administradores mantienen a sus súbditos.*”

³ En 1993, Checoslovaquia se disgregó pacíficamente para formar dos estados independientes: la República Checa y la República Eslovaca.

O sea, Kafka fue un súbdito austríaco dentro del Imperio Austrohúngaro durante los primeros 35 años de su vida y vivió el clima político y social antes descrito, bajo un régimen cuasipolicial muy distinto a los estados sociales y constitucionales de derecho hoy existentes, surgidos luego de la Segunda Guerra mundial. Aquel clima político y social está entre bastidores en muchos de los relatos kafkianos. Un ejemplo de ello es “El proceso”, escrita entre 1914 y 1915; una obra maestra, pese a ser incompleta.

“El proceso” es la lucha y la perplejidad ante un poder humano, pero irracional. Inicia con la famosa frase “*Alguien tenía que haber calumniado a Josef K, pues fue detenido una mañana sin haber hecho nada malo*”, frase en la que magistralmente Kafka condensa la historia que relatará a continuación, con la meticulosidad que le es característica: *Josef K* es detenido repentinamente por dos hombres desconocidos, que ingresan a su casa sin explicarle el motivo de su detención -un motivo que nunca será conocido por él, ni tampoco por el lector. Estos presuntos funcionarios le dicen que, a pesar de estar detenido, se le permitirá continuar con su vida diaria. *Josef K*, está perplejo porque -razona-, él vivía en un país libre, “*donde las leyes se cumplen*”. Sin embargo, desde ahí, se verá abrumado por un proceso judicial laberíntico, que no podrá desentrañar, rodeado de abuso, corrupción y ausencia de garantías, y dirigido por un enigmático tribunal, que nunca conocerá, pero cuyo rigor él acepta sin la menor protesta. En cumplimiento de una sentencia condenatoria, que tampoco le fue notificada, en una noche oscura *Josef K* es conducido a una cantera en las afueras de la ciudad por dos desconocidos. Allí, supuestamente en cumplimiento de la inédita sentencia, es ejecutado.

A “El proceso” -siendo una desgarradora parábola sobre el poder autoritario, y sobre la lucha contra esas instancias omnipotentes e inmisericordes que a veces se ciernen sobre los seres humanos-, se le ha reconocido también una connotación autobiográfica, en conexión con el atrabiliario, irascible y arbitrario padre de Kafka: “en esencia, la lucha de Kafka contra su padre no era más que la lucha contra el poder superior”, dice Canetti. Esa figura paterna es transversal a muchas de las obras del escritor praguense, y es obvia, por ejemplo, en “La condena”, un relato estremecedor que culmina en catástrofe, y

que Kafka escribió de un tirón y sin levantarse del escritorio, entre la noche del 22 y la madrugada del 23 de septiembre de 1912. Una variante de esta interpretación autobiográfica la hace Canetti, al encontrar que en “El proceso” hay analogías con la situación que el escritor vivió en la ruptura de su compromiso matrimonial con Felice Bauer.

“El proceso” es, también, una visión premonitoria de los regímenes totalitarios que surgirían en Europa con el ascenso de Stalin en la URSS el mismo año de la muerte de Kafka, y nueve años después de ésta, en 1933, del Partido Nacional Socialista en Alemania (sus tres hermanas murieron en las cámaras de gas en los campos de exterminio de Chelumno -Elli y Valli-, y de Auschwitz -Ottla). Y también de regímenes autoritarios que surgieron luego, tanto en Europa, como en África, Asia y América Latina, sobre todo en la segunda mitad del siglo XX, algunos de los cuales subsisten hoy.

¿Y el derecho?

En algunas obras de Kafka pueden encontrarse conexiones con lo jurídico, aunque no creo que sean tantas como algunos afirman. Debe recordarse que para Kafka -a pesar de que se graduó como abogado y ejerció el derecho como funcionario del Instituto de Seguros de accidentes de trabajo de Bohemia-, el derecho no fue su pasión, como si lo fue la literatura. Va a decepcionarse aquel que busque en Kafka planteamientos -que tendrían que ser novelados-, sobre los clásicos tópicos de la teoría o de la filosofía del derecho.

Sin embargo, hay algunas obras suyas que pueden tener presencia algo más tangible de lo jurídico (“Ante la ley”, “Sobre la cuestión de las leyes”, por ejemplo). Pero aún en esos casos (e incluso en otros, como “En la colonia penitenciaria”, o en “El proceso”), la expresión más recurrida es “ley”, o similares. En otras palabras, cuando Kafka usa expresiones jurídicas, se enfoca, más que en el Derecho, en el efecto de “la ley”, o mejor -como anota Gandolfo -, en “el ser-ante-la-ley”, vale decir, en la situación existencial del hombre ante toda norma heterónoma, cualquiera que sea su contenido.

En Kafka la alusión a lo jurídico se presenta como una expresión o emanación del poder -ese sí presente, como he dicho, en el trasfondo de su obra. Por eso Kafka no adopta posiciones sobre la justicia o injusticia de ciertas

situaciones, ni tampoco propone respuestas a cuestiones cruciales del derecho. Él es, ante todo, un literato y la literatura no tiene obligación de resolver nada. Cuando el praguense utiliza un argot judicial (“ley”, “tribunal”, “interpretación”, “legislación”, etc.), lo hace las más de las veces -creo-, como una estrategia lingüística en sus parábolas, pero sin ninguna intencionalidad rigurosamente jurídica.

4. Y otro tema transversal: la máquina burocrática

En las sociedades modernas, todos actuamos constantemente bajo la influencia de la burocracia, bien por ser o haber sido burócratas, o bien porque en nuestra vida cotidiana tenemos que tramitar multitud de asuntos por la vía burocrática -oficial o privada-, físicamente o -en la actualidad-, electrónicamente.

Por eso, la burocracia está presente en todos los ámbitos de los estados y sociedades modernos, e incluso en nuestra existencia cotidiana. Hay burocracia en todo el Estado: militar, policial, jurisdiccional, administrativa, notarial, registral, fiscal, etc., y, también en el sector privado industrial, de servicios, comercial, hospitalario, religioso, entidades sin ánimo de lucro, etc.

Maximilian (Max) Weber (1864-1920), contemporáneo de Kafka, historiador, jurista, economista, crítico del marxismo clásico y, sobre todo, reputado por muchos como el padre de la sociología moderna, es -como afirma Nisbet- “el sociólogo de la revolución de lo organizativo”. Weber estructuró una teoría sobre la burocracia, especialmente en sus obras “¿Qué es la burocracia?” y “Economía y sociedad” (aunque también hizo esbozos de ella en “La ética protestante y el espíritu del capitalismo”).

Weber afirma que la dominación (poder) sobre un colectivo humano requiere, casi siempre, de un cuadro administrativo con el cual se harán efectivas sus ordenaciones, generales y concretas.

Sostiene que esa dominación ha sido históricamente ejercida de tres maneras: tradicional (basada en la creencia en unas ordenaciones, aceptadas por generaciones, y en los derechos en cabeza de individuos señalados por esa tradición para ejercer autoridad); carismática (entrega extracotidiana a la

santidad, heroísmo o ejemplaridad de una persona -caudillo- y a las ordenaciones por ella creadas o reveladas).

Y la tercera modalidad de dominación, dice Weber, es la legal-racional, que consiste en la creencia en la validez de las ordenaciones y de los derechos de mando de los llamados por esas ordenaciones a ejercer la autoridad. En este caso se acatan los mandatos emitidos “sin odio ni pasión”, o sea, “sin acepción de personas”, con aplicación igualitaria para todos aquellos que se encuentren en la misma situación de hecho, y ciñéndose *“al expediente”*. Los burócratas están inmersos en un sistema jerárquico y competencial riguroso y ejercen el cargo *“como su única y principal profesión”*.

La forma de dominación legal-racional -dice Weber-, es la manifestación más poderosa de la racionalización característica del estado moderno (y particularmente de la democracia y el capitalismo), que es, a su vez, consecuencia de un *“desencantamiento del mundo”* -refiriéndose a la secularización y racionalización propias de la sociedad moderna, que contrastan con la concepción mística de las sociedades más antiguas. El tipo más puro y racional de dominación legal -afirma el sociólogo alemán-, es el que se ejerce *“por medio de un cuadro administrativo burocrático”*. Habermas complementa a Weber al decir que el estado moderno “organiza la administración burocráticamente, esto es, en forma de una dominación de funcionarios especializados”.

El estado moderno -afirma Weber-, depende de una base burocrática técnica, que es superior a cualquier otra organización administrativa que haya existido antes, y su ampliación se debe a que ese estado abarca cada vez más una amplia variedad de actividades. La burocracia moderna es una organización racional de funcionarios, que opera con base en un Derecho estatuido (positivizado).

Pero, además, *“las grandes empresas capitalistas modernas constituyen, en general, por su organización interna, modelos inigualados de organización burocrática rigurosa”*, pues en el sistema capitalista se exige calculabilidad de los resultados y eso lo puede garantizar su burocracia.

Weber plantea que la burocracia es una estructura jerárquica del trabajo en la que la especialización de sus funcionarios proporciona eficacia y uniformidad en la organización. Este aspecto burocrático de la modernidad se ha evidenciado por doquier, tanto en Auschwitz como en MacDonal'd's, señala David Lyon.

El planteamiento de Weber en "Economía y sociedad" es, en esencia, un modelo "puro", ascético, de la racionalidad burocrática, por lo que se le considera su principal teórico. Pero, paralelamente, Weber también hizo una crítica recia y penetrante a la realidad burocrática (que se distancia en la práctica de ese modelo teórico), y que le lleva a comparar la burocracia con un aparato mecánico, preciso y sin alma -una máquina-, y por lo mismo irrefrenable.

Así, en su obra "Escritos políticos", Weber muestra una burocracia que no necesariamente se comporta dentro de los marcos "puros" que él explica en "Economía y sociedad". Señala, por ejemplo, que *"[e]n un estado moderno, el poder real [se manifiesta] en la actuación administrativa cotidiana [y] reside necesaria e inevitablemente en las manos del funcionariado"*. Ello se debe, en buena parte, *"a la especialización y la instrucción de índole racional y técnica"*, en comparación con el empirismo y simplicidad que caracterizaban los cuerpos administrativos en las sociedades premodernas. Agrega que al *"saber especializado"* del burócrata, se añade -para aumentar su poder-, el *"saber de oficio"*, referente a los *"datos concretos determinantes de su actuación, que solo el funcionario puede poseer en virtud de los medios que pone a su disposición el aparato oficial (...), que le permiten controlar eficazmente en cada caso concreto a la administración"*. Tal *"saber de oficio"* muchas veces es un *"saber secreto"*, que *"no es otra cosa que un medio para asegurar a la administración contra todo control"*. La organización burocrática -continúa-, es *"una máquina viviente"* que *"en unión con la máquina muerta [se refiere a las máquinas industriales], se ha puesto a la obra de tejer el armazón de ese tipo de servidumbre del futuro en que un día quizás se verán obligados a entrar impotentes los hombres"*. *"La burocracia se convierte fácilmente (...) en una casta de "trepacargos" y esbirros serviles frente a los que está el pueblo en calidad de objeto de sus desagradables, y en buena parte, superfluas artes"*.

Robert Michels, contemporáneo de Kafka y de los hermanos Weber (y alumno de Max), en el contexto de las burocracias prusiana (y, por ende, austrohúngara) de su época, afirmará que la organización burocrática “se transforma en un fin, en lugar de un medio”. “La burocracia (...) cada vez es menos compatible con el bienestar general” y “es el enemigo jurado de la libertad individual”. También dirá que en algunas organizaciones opera “la ley de hierro de la oligarquía”: “organización implica tendencia a la oligarquía”; mientras más grandes sean las organizaciones más se burocratizan y el poder de los líderes aumenta en proporción directa al tamaño de la organización, es decir, devienen liderazgos más fuertes y menos democráticos, lo que lleva a que la organización burocrática adquiera un “espíritu aristocrático”. Michels predicaba esto de manera general, pero particularmente pensando en los partidos socialistas que empezaban a consolidarse a principios del siglo XX, lo que resultó una predicción acertada, años después, tanto para esos partidos, como para los fascistas.

No hay evidencia de que Kafka haya leído a Max Weber o a Robert Michels, pero pareciera que el praguense pusiera en escena una burocracia muy parecida a la de los alemanes, no tanto en la concepción pura y aséptica descrita por el primero, sino más bien en sus aspectos patológicos que Weber y Michels muestran en sus “Escritos políticos” y en “Los partidos políticos”, respectivamente.

La influencia en Kafka del fenómeno de la burocracia -ella si constatada-, se dio más clara y directamente por un artículo de Alfred Weber, hermano menor de Max, titulado “El funcionario” (*Der beamte*), publicado en 1910⁴.

En el mencionado artículo, Alfred Weber realiza una crítica sociológica al funcionamiento real de la burocracia, muy coincidente con la de su hermano Max y con la de Michels. Alfred se refería a la burocracia alemana y austrohúngara, de la que Kafka, como empleado del Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo del Reino de Bohemia, hacía parte. La burocracia austrohúngara, como bien describe González García, exhibía algunas características de una burocracia moderna, racional, pero simultáneamente conservaba en gran

⁴ Dicho sea de paso, Alfred Weber, fue profesor de Kafka en la Universidad alemana de Praga, y en junio de 1906 fue encargado de presentar ante el rector a los nuevos graduandos en derecho, entre ellos a nuestro escritor.

medida las de una prebendaria y dogmática, propia de un régimen como el del Imperio austrohúngaro, autoritario, conservadurista y militarista.

Max Weber -y su hermano Alfred le sigue muy de cerca-, compara esa burocracia con una “máquina”, cuya eficacia deriva, entre otras, de su estructura jerárquica y de la obediencia no necesariamente ciega, pero sí reflexiva, que el funcionario debe a sus superiores -el funcionario solamente obedece a la ley⁵-, y además del talante “objetivo” con que procede en los asuntos que son materia de sus actuaciones frente a los ciudadanos. Los burócratas son como “engranajes” de esa máquina y sus almas son captadas por esta. Alfred Weber afirma que ese monstruoso aparato invade ámbitos de la existencia humana y los encasilla en divisiones o departamentos.

Muchos de esos rasgos “patológicos”, reales, de la burocracia, descritos por los hermanos Weber y por Michels, están presentes en los relatos de Kafka, y de manera patética en “El proceso”. Refiriéndose a esta obra, Hanna Arendt en “Ensayos de comprensión: 1930-1954”, dice que ella:

(...) implica una crítica del régimen burocrático de la Austria Hungría anterior a la guerra, en la que una jerarquía funcional homogénea dominaba sobre las numerosas nacionalidades en conflicto. Kafka (...) sabía que un hombre cogido en la maquinaria burocrática está ya condenado; y que ningún hombre puede esperar justicia de procedimientos judiciales en que la interpretación de la ley se marida con la administración de la ilegalidad, y en que la ociosidad crónica de los intérpretes de la ley es compensada por una máquina burocrática cuyo automatismo insensible goza del privilegio de la decisión última.

⁵ La “obediencia debida” de naturaleza *reflexiva* (no “ciega”), consiste en que el subordinado puede suspender la ejecución de la orden impartida por el superior, aduciendo la inconveniencia o ilicitud de esta; pero si el superior insiste en su orden, el inferior deberá cumplirla. Esta forma de “obediencia debida” es la que describe Max Weber como que es (o debería ser) propia de los burócratas. Una forma de obediencia que rechazan, años antes, Federico II de Prusia (“razonad cuanto queráis, pero obedeced”) y años después los esbirros de nacionalsocialismo, quienes adujeron que, como oficiales del Tercer Reich, estaban obligados a obedecer las leyes de éste (por ejemplo, Adolf Eichmann, teniente coronel de las SS y responsable del transporte de los deportados a los campos de concentración de Auschwitz y Dachau, se declaró kantiano y alegó en su juicio que, por imperativo categórico, estaba obligado a obedecer las leyes del estado). En la época actual, la “obediencia debida” a cargo de los funcionarios, y en general de los subordinados, tiene carácter *relativo* en muchas legislaciones, ya que el subordinado está obligado a cumplir solamente las órdenes impartidas por su superior jerárquico, pero siempre y cuando ellas tengan carácter lícito (o sea, cuando no vulneren disposiciones constitucionales y legales).

Otras obras en las que Kafka evidencia la burocracia y su absurdidad, son “Poseidón” (el administrador del océano, que no puede navegar en él, porque sus tareas administrativas se lo impiden), “El castillo” (un técnico -agrimensor-, que pretende ingresar al funcionariado, pero enfrenta un sistema burocrático tradicional que le niega un vínculo laboral estable), “Ante la ley” (los guardianes, especialmente el de la puerta de la ley...), “La metamorfosis” (el empleado Samsa y sus supervisores...), etc. Pero quizás sea en “En la colonia penitenciaria” la parábola donde Kafka muestra más crudamente aquella burocracia como mecanismo.

En efecto, en “En la colonia penitenciaria”, con evidente inspiración en la concepción weberiana y más concretamente en la descripción de la burocracia que Alfred Weber hace en su ensayo “El funcionario”, Kafka construye una metáfora onírica, surrealista y horripilante del aparato burocrático, representado en una máquina infernal que él describe meticulosamente. Se trata de un artilugio que funciona, autónoma e ininterrumpidamente durante doce horas, una vez se enciende. Es un aparato de tortura al cual se someten los acusados de violar sus deberes, por más absurdos que ellos sean. Cuando la culpa es comprobada, la condena que se les imparte no es conocida por el acusado, ya que “sería inútil anunciársela” y además “la sabrá en carne propia”. Efectivamente, durante esas doce horas, la máquina escribe sobre la piel del inmovilizado sujeto la disposición que él ha violado, en un suplicio lento que termina cuando la máquina ha concluido su inscripción, momento que se ha programado previamente en ella para que coincida con la muerte del condenado.

La máquina burocrática (pública o privada), más allá de la obediencia que impone a quienes subordina, a menudo captura su ser, su alma, absorbe su existencia y aliena⁶. Invade ámbitos de la existencia humana, que otrora pudieron ser libres, y los encasilla. Pero sus efectos a menudo también se extienden en general a los ciudadanos, quienes somos sujetos de sus exigencias, a veces caprichosas, absurdas y arbitrarias. Es una máquina que puede encadenar, amordazar e impregnar el espíritu del burócrata con improntas

⁶ Como el caso Eichmann, al que me referí anteriormente.

indelebles, como lo hace sobre el cuerpo del condenado el aparato monstruoso y cruel de “En la colonia penitenciaria”.

Pero esa alienación no la metaforiza Kafka solamente en esta obra. También lo hace en la que Canetti ha calificado como “una de las pocas obras maestras y perfectas de este siglo”: “La metamorfosis”. De ella hablaré ahora.

5. La subordinación y la alienación por el trabajo: “La metamorfosis”

Kafka tuvo una estrecha relación con el mundo del trabajo, por varias circunstancias. De un lado, porque él mismo fue un empleado y de otro lado, por su constante relación tanto con los empleadores como con los trabajadores industriales (al haber sido funcionario experto en accidentes de trabajo), y también por haber sido empleador (socio de una empresa industrial).

Como empleado, Kafka laboró para dos empresas -en ambas como abogado y en el ramo de los seguros. En efecto, a poco de graduarse en la profesión jurídica, se vinculó con *Assicurazioni Generali*, una empresa de seguros italiana, de la cual se retiró, tras un corto lapso, porque los horarios le impedían disponer de tiempo suficiente para escribir. Luego fue contratado por el Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo del Reino de Bohemia, en Praga, a cuyo servicio laboró durante catorce años, hasta ser pensionado por la invalidez producida por la tuberculosis que padecía.

A pesar de que no gustaba de su trabajo (“alimenticio”) como empleado, y contrario a lo que podría pensarse, Kafka no fue un funcionario mediocre. Fue destacado y eficiente, como lo demuestra su carrera ascendente en el Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo, que comenzó como auxiliar en 1910 y culminó como subdirector del Departamento de Gestión y apoderado del Instituto al momento de su retiro, en 1922. Su cargo exigía muy buenos conocimientos técnicos en materia de definición de los riesgos y cálculo de las primas (cotizaciones) a cargo de los empleadores. Pero también requería de altas competencias jurídicas especializadas, dado que en muchas ocasiones los empresarios controvertían, por vía administrativa o judicial, los dictámenes del Instituto (muchos elaborados por él mismo), lo que implicaba para Kafka, como

abogado, defender ante el Ministerio del Interior en Viena, o ante los jueces, la posición jurídica del Instituto. Por todo ello, Kafka puede ser considerado uno de los primeros técnicos que existieron en todo el mundo en materia de prevención e investigación de accidentes de trabajo⁷. Fueron sus reiterados éxitos en esas gestiones los que le merecieron el aprecio de sus jefes.

Pero su contacto con el mundo del trabajo no terminaba ahí, pues también fue -aunque forzada y fugazmente-, un empresario. En efecto, por la indudable presión de su padre -quien había aportado la mayoría del capital y quería que su hijo ejerciera vigilancia sobre el negocio-, Kafka fue socio mayoritario en una fábrica de asbesto (amianto), fundada en Praga en 1911 por su cuñado Karl Hermann. Al ser socio, Kafka debía concurrir a la fábrica semanalmente para supervisar la marcha de la factoría y revisar los libros contables, tareas que no lo motivaban en lo más mínimo y que cumplía con cierta desidia. Ese quehacer constituía para él una verdadera pesadilla (*"¿cómo me tortura la fábrica!"*, escribió en su diario), y una constante fuente de discordias familiares. Aún así, las visitas a la fábrica permitieron a Kafka experimentar el papel de jefe y ejercer, ocasionalmente, subordinación sobre unas veinte mujeres trabajadoras.

Todo lo anterior le permitió vivir de cerca lo que significaba ser trabajador subordinado y también el ejercicio de la subordinación sobre trabajadores.

La subordinación siempre fue característica de las relaciones personales de dependencia. En Europa continental, desde fines del siglo XIX y hasta principios del siglo XX (cuando transcurre la narrativa de Kafka), esa

⁷ El Instituto de accidentes de trabajo de Bohemia, en el que Kafka fue funcionario, fue uno de los primeros institutos de su género en el mundo. En efecto, Austria (siendo Bohemia su región más industrializada), promulgó, entre 1885 y 1887, y prácticamente copiando hasta en sus mínimos detalles técnicos la legislación alemana, leyes de protección social para los trabajadores, que establecieron seguros obligatorios en las factorías. Así, la ley austríaca de accidentes laborales recibe la sanción del emperador de Austria-Hungría en diciembre de 1887 y entra en vigor en 1889. Ha de recordarse que el pionero de la seguridad social fue el Imperio Alemán, pues su Reichstag, a instancias del Kaiser y del Canciller von Bismark, promulgó en julio de 1884 una ley sobre seguro obligatorio de accidentes, que reconocía a la víctima de un accidente laboral un tratamiento médico y la concesión de una pensión (también se emitieron leyes sobre seguro de enfermedades, en 1883 y otra de pensiones de vejez e invalidez, en 1889). Tanto el sistema alemán como el sistema austriaco de accidentes de trabajo eran sistemas de reparto, en los que, en general, el empleador pagaba la totalidad de las cotizaciones. Estos sistemas de seguridad social contra accidentes laborales se anticiparon más de treinta años a la legislación internacional sobre la materia, emitida por la OIT (fundada en 1919), en particular el convenio 12 sobre indemnización por accidentes de trabajo en la agricultura (1921) y el convenio 17 sobre indemnización por accidentes de trabajo (1925).

subordinación, que en el marco del más ortodoxo liberalismo emanaba de considerar el trabajo como “mercancía”, tenía como criterio esencial la dependencia y el control del patrono sobre la labor a cargo del trabajador, así como sobre cómo y dónde éste debía hacerla.

Después de un período prolongado, en el que la subordinación de la relación de trabajo no estaba encuadrada en una figura jurídica propia (en los países del *civil law*, por ejemplo, dominaba la *locatio conductio operis fasciendi*, como subgénero del contrato de arrendamiento), surge el “contrato de trabajo” como una categoría jurídica autónoma y distinta a otros tipos de contrato, como el de obra, el independiente de servicios, o el de mandato. Pero esa subordinación encuadrada en el contrato de trabajo típico de fines del siglo XIX y principios del XX, más que propiciar la igualdad de las partes, propiciaba la persistencia de su desigualdad. Aquellos eran apenas los comienzos del Derecho del Trabajo como una disciplina jurídica distinta y autónoma al derecho civil. Pero la autonomía de la voluntad era limitada y los empleadores imponían unilateralmente las condiciones de trabajo, muchas veces de forma arbitraria. Para ese entonces, aún faltaban los otros dos elementos que, junto al contrato de trabajo, forman el trípode de lo que constituirá, años más tarde, el Derecho laboral: la legislación especializada (estatuto) y la autotutela colectiva, elementos estos que se desarrollarían años después. Esos dos elementos acotarían paulatinamente ese concepto original de subordinación, para hacerlo funcional a la idea de igualdad de las partes y lograr que la subordinación del trabajador al empleador pasara de ser un poder de hecho a transformarse en un poder jurídico regulado.

Y, precisamente, la generalizada ausencia a principios del siglo XX de los últimos dos elementos mencionados hacía que la subordinación a la que estaba obligado el trabajador con respecto al empleador, tuviese un abarcamiento muy amplio, comparado con la subordinación en el mundo contemporáneo de los estados democráticos, en los que la subordinación y el deber de obediencia están limitados por los derechos fundamentales de la persona, tanto en calidad de trabajador, como de ciudadano.

En “La metamorfosis”, Gregor Samsa es un trabajador subordinado en un almacén de paños a principios del siglo XX, presumiblemente en Praga. La subordinación a la que él está sujeto, a pesar de enmarcarse en un “contrato de trabajo”, es rayana con el servilismo, por lo que se acaba de explicar. Las angustias asociadas a esa subordinación aparecen en Gregor una mañana temprano, al despertar y ver convertido su cuerpo en el de un insecto gigante: la premura por cumplir el horario, la preocupación por encontrar una excusa ante el jefe para justificar su demora en llegar a su trabajo, la presunción de que el mozo del almacén -que siempre tomaba el mismo tren de Gregor-, ya debía haberse dado cuenta de que no había llegado a tiempo a la estación y lo habría acusado ante el patrono; la llegada del gerente del almacén en persona a casa de Gregor, para averiguar por qué no había tomado el primer tren de la mañana y no se había reportado a tiempo en su trabajo; el temor a ser despedido por esa falta, etc., etc.

Pero también Gregor Samsa es un alienado por su trabajo.

La frase con la que Kafka da apertura a “La metamorfosis” se ha hecho archifamosa en la literatura universal: *“Una mañana, tras un sueño intranquilo, Gregor Samsa se despertó convertido en un monstruoso insecto”*.

¡Un ser humano que se convierte en un enorme artrópodo! Una imagen impactante y perturbadora, que es un dechado de los simbolismos a los que Kafka es tan asiduo. Una imagen que resume magistralmente la tragedia que vivirá Gregor Samsa en los siguientes días, en la casa que habita con sus padres y hermana.

“La metamorfosis” es el título asignado por la mayoría de las ediciones de esta obra de Kafka -y por el que es más conocida-, pese a que técnicamente “metamorfosis” no es la palabra más acertada para describir lo que le sucedió a su protagonista: no se metamorfosea quien encuentra que su cuerpo ha mudado en otro cuerpo, que no corresponde al de su especie. Una metamorfosis consiste en un proceso en el que un ser, tras surtir varias etapas, termina adquiriendo una morfología distinta a la inicial, morfología que corresponde a su estado maduro, final, propio de su especie. Por eso, lo que le ocurrió a Samsa fue más bien una transformación corporal (no una metamorfosis), al transmutarse su cuerpo, en

un solo paso, de uno humano a uno de artrópodo. Fue también una especie de metempsicosis, pues pese a que cuando su cuerpo mudó de uno humano a uno de insecto, conservó su espíritu y su intelecto humanos.

De ahí que el título original de la obra (el de su primera edición de 1915 y que fue determinado por el propio Kafka), fue *“Die Verwandlung”*, (“La transformación”), y no *“Die Metamorphose”* (“La metamorfosis”). Este último le fue adjudicado en posteriores ediciones –y sin duda es el más popular-, aunque, en el transcurso de más de un siglo desde su inicial publicación y dependiendo del editor, el título tradicional “La metamorfosis”, se alterna con “La transformación”⁸.

¿Qué simboliza la transformación de Gregor Samsa en insecto?

Como ya se dijo, Gregor Samsa es un “viajante de comercio”, es decir, un vendedor-viajero, quien vive con su hermana y sus padres. Trabajador frustrado (“qué cansada es la profesión que he elegido”, dice unos instantes después de despertar, echado en su cama sobre su nueva caparazón de coleóptero), hace su trabajo por la necesidad de responder por una deuda familiar, mas no porque con su labor se sienta realizado y motivado. Rainer Stach resume atinadamente lo que es la vida de Samsa: *“una existencia amordazada, restringida por todas partes: un hombre sin rostro del ejército de empleados (...) sumiso ante sus superiores y sus padres, sin éxito profesional y sin perspectivas (...)”*.

La alienación consiste en la limitación o condicionamiento de la personalidad, impuesta al individuo o a la colectividad por factores externos sociales, económicos o culturales⁹. Es decir, la alienación es pérdida de la libertad, a la que se llega no necesariamente por efecto de coerciones físicas, sino mediante estrategias conductistas usualmente procedentes de un poder dominante, no siempre visible. Para Robert Nisbet, esa alienación lleva al hombre moderno a estar *“desarraigado, solo, carente de un status firme,*

⁸ Borges, uno de los más importantes traductores de Kafka, dijo: *“Yo traduje el libro de cuentos cuyo primer título es “La transformación”, y nunca supe por qué a todos les dio por ponerle “La metamorfosis”. Es un disparate, yo no sé a quién se le ocurrió traducir así esa palabra del más sencillo alemán. Cuando trabajé con la obra el editor insistió en dejarla así porque ya se había hecho famosa y se la vinculaba a Kafka”*, Jordi Llovet (1992), “Introducción”, en Franz Kafka, *La metamorfosis y otros relatos*, Barcelona, p. ix. (citado por Baldovinos, 1997:287).

⁹ RAE. “Alienación”, Diccionario de la lengua española. Edición del tricentenario. <https://dle.rae.es>.

desgajado de la comunidad o de cualquier sistema de claros propósitos morales". En lugar de disfrutar la liberación que la historia le ha brindado, la persona en la modernidad *"la padece"* y ella *"se torna incapaz de establecer las resistencias necesarias para vivir con el mundo y consigo mismo"*.

Seeman encuentra que la alienación puede tener cinco significados: impotencia (alienación en sentido marxista, que se describirá brevemente enseguida), insignificancia (el individuo no entiende el significado de sí mismo, ni del mundo a su alrededor; la especialización de los roles sociales limita la perspicacia), anomia (en el sentido de ausencia de normas -según Durkheim-, o imposibilidad de cumplir con exigencias sociales), aislamiento (desapego a los estándares de la cultura) y autoenajenación (extrañamiento del individuo consigo mismo).

El trabajo en la modernidad puede *alienar* al trabajador. La persona puede ser enajenada por su trabajo, al punto de tornarse en un ser ajeno a sí mismo (la palabra latina *"aliénus"* significa ajeno, que pertenece a otro; o es de otro¹⁰). O sea, el trabajo puede acarrear la pérdida de identidad del sujeto. El lector quizás pueda recordar al menos un caso (que no es infrecuente), de alguien que ha sido absorbido a tal grado por su trabajo, que el resto de las dimensiones de su vida y de su personalidad se han desdibujado y perdido significación. Ese será, seguramente, un caso de alienación por el trabajo.

Tal alienación en los escenarios laborales puede ser propiciada por la subordinación, al punto que podría decirse que esta última induce muchas veces la primera.

Hegel fue quien primero elaboró el concepto filosófico -genérico-, de alienación, en su "Fenomenología del espíritu". A su turno, Karl Marx (fallecido el mismo año en que nació Kafka), toma el concepto hegeliano de alienación y, con perspectiva crítica, afirma que el trabajo (y la propiedad privada) es, por excelencia, la fuente de la alienación en las sociedades capitalistas. En su obra de juventud "Manuscritos económicos y filosóficos de 1844" (escrita a sus 26 años, y que curiosamente permaneció inédita hasta los años 30 del siglo pasado,

¹⁰ VOX. "Aliénus". Diccionario Latín, 2001. [Diccionario Latín Español \(Vox \) : Vox : Free Download, Borrow, and Streaming : Internet Archive.](#)

pero que es fundamental para entender el pensamiento marxista), Marx expone sus ideas sobre la alienación en la sociedad burguesa, entre ellas la de que la enajenación del trabajador en su producto *“no significa solo que su trabajo deviene objeto y adquiere existencia exterior, sino, además, que su trabajo existe fuera de él, independientemente de él, como algo que le es ajeno, y que este trabajo deviene una fuerza independiente que le es opuesta”*. Además -dice-, el ser genérico del hombre -tanto su naturaleza como su capacidad espiritual-, es convertido por el trabajo alienado en una mercancía. La propiedad privada es, así, según Marx, el resultado necesario del trabajo enajenado, de la relación externa del trabajador con la naturaleza y consigo mismo.

Más adelante Marx consolidará su concepto de alienación dentro de su teoría, como por ejemplo en el volumen primero, capítulo primero, acápite IV de “El capital”, titulado “El carácter fetichista de la mercancía y su secreto”. Para Marx, el trabajo en la sociedad burguesa no puede ser verdaderamente realizador o creador, pues para ello se requiere que el hombre pueda expresar sus facultades mediante el trabajo y que este no sea solamente instrumental, vale decir, un simple medio de supervivencia. De lo contrario, el trabajo será una actividad alienada y esa alienación significa la pérdida de la libertad en el ser humano trabajador.

Por la época de Kafka, otros autores, luego de Marx, también estudiaron la alienación, aunque con perspectivas diferentes a la de este, como por ejemplo Lukács, Fromm, Durkheim o Simmel. Y sobre todo después de los años cincuenta del siglo XX, la alienación, con diversos enfoques, se convierte en un tema recurrente de estudio por muchos otros autores, como Marcuse, Orwell o Habermas.

Es de particular interés la teoría de Herbert Marcuse, quien sostendrá que la alienación, sobre todo en las sociedades industriales avanzadas, no es solo, como postuló Marx, característica del trabajador con relación a las mercancías que produce, sino que es también un fenómeno que se extiende a todas las personas integrantes de esas sociedades, quienes han terminado reconociéndose en esas mercancías que consumen. La alienación, así, se ha vuelto enteramente objetiva; *“el sujeto alienado es devorado por su existencia*

alienada”; *“la libertad se puede convertir en un poderoso instrumento de dominación”*; la libre escogencias de mercancías (bienes y servicios), no significa libertad, si ellas sostienen controles sociales, vale decir, sostienen la alienación. Hoy, la producción y consumo masivos reclaman al individuo en su totalidad y el resultado de ello no es la adaptación o introyección, sino la mimesis, o sea la identificación del individuo con su sociedad.

Es decir, hoy todos son consumidores alienados en toda clase de mercancías (materiales, culturales, informativas, redes sociales, etc.), en un sistema de dominación y manipulación como nunca se ha visto, y sin la fantasía de “regiones no alienadas”, como afirma Lyotard. Descripciones y alusiones muy elocuentes de la alienación generalizada en esta época postindustrial y posmoderna, se encuentran en Lyotard, Vattimo, Baudrillard, Giddens, Irigaray, Bell y otros.

En “La metamorfosis” de Kafka, Gregor Samsa -su protagonista-, ha perdido su libertad, pues su ser está alienado en su trabajo. Un trabajo tedioso y hostil que le ha subsumido; un trabajo meramente utilitario que ejerce por la necesidad de pagar deudas familiares; un trabajo que le ha hecho perder su humanidad y el sentido de vivir.

Algunos creen que el insecto en que Samsa se transforma representa su alienación, es decir, su “ya-no-ser-él”. En mi opinión, Gregor ya está alienado y el insecto en que se transforma no simboliza su enajenación, sino la forma que él inconscientemente elige para escapar de ella. Los insectos tienen una vida corta -mucho más corta que la de los seres humanos- y, al adoptar la forma de uno de ellos (ese es el símbolo), ese “viajante de comercio” busca acortar la malograda, frustrante y alienada vida que ha llevado en su profesión y, de paso, escapar también de su familia, para la que él se ha convertido en mero proveedor.

Yo encuentro una similitud simbólica entre Gregor Samsa y los personajes de dos obras sobresalientes en la literatura moderna, que tienen a la alienación como telón de fondo: “Bertleby, el escribiente”, de Herman Melville y Mersault, el protagonista de “El extranjero”, de Albert Camus. El primero, está enclaustrado entre los muros de una oficina en Wall Street, de la que nunca sale, indiferente

ante todo, unidimensionalizado como empleado amanuense, para quien la muerte física por inanición es la única salida que él encuentra a su vida insignificante. A su turno, Mersault, como Samsa, también se siente un extraño en la sociedad en que vive (de hecho, la traducción rigurosa de “L'étranger” -su título original-, significa “el extraño”). Para uno y otro, mucho de lo socialmente correcto -pero que les aliena-, no tiene sentido, por lo cual también buscan una salida de este mundo. Para Mersault esa salida se materializa en adoptar una actitud cínica que le lleva a no resistirse dentro de un proceso judicial que le llevará a una segura condena a muerte, y, para Samsa, en transformarse en un insecto, lo que, en última instancia, conduce al mismo destino de Mersault.

Ser un insecto significa la futilidad, la nimiedad, una existencia insignificante. Pero también una vida cortísima, que garantiza salir rápidamente de la trampa de la desesperación, a la que lleva un mundo absurdo. Al final, los padres y hermana de Gregor aceptan que en su nuevo estado este ya no cumple ningún papel útil para la familia, por lo que no quieren seguir viviendo con “ese bicho”. Fue su hermana Grete -quien para Gregor siempre había sido aliada-, la que primero propuso la fatídica solución final: “hay que deshacerse de él” -dijo a sus padres-, pues haber creído que ese artrópodo era Gregor, había sido “*la causa de nuestra desgracia*”. Horas después Gregor expiró. La asistente doméstica de la familia arrojó a la basura el cadáver del bicho.

Milena Jesenská, quien tradujo al checo los primeros escritos de Kafka y que, además, fuera una amiga con quien éste sostuvo una intensa relación epistolar en sus últimos años (algunos dicen que el escritor profesó por ella su postrer amor), escribió la nota necrológica publicado a los dos días de la muerte del escritor. En ella dijo:

Anteayer murió en el sanatorio de Kierling en Klosterneuburg, a las afuera de Viena, el doctor Franz Kafka, escritor alemán que vivía en Praga. Pocos aquí le conocían, porque era un ermitaño, un sabio que temía la vida.

(...)

Era tímido, angustiado, sereno y bueno, pero escribió libros terribles y dolorosos. Veía el mundo poblado de demonios invisibles que aniquilaban a las personas indefensas. Era demasiado clarividente, demasiado sabio para vivir, y demasiado débil para luchar, pero su debilidad era la de las almas nobles y bellas que evitan luchar contra el miedo, los malentendidos, el desamor y la mentira intelectual porque saben de antemano que son impotentes y se someten a la derrota para avergonzar a los vencedores.

(...)

Conocía a la gente como sólo pueden hacerlo las personas de una inmensa sensibilidad, los solitarios capaces de reconocer a la humanidad entera en un solo destello de la mirada. Conocía el mundo de una manera extraordinariamente profunda, y él mismo era un mundo extraordinariamente profundo.

(...)

[sus libros] [e]stán llenos de la implacable ironía y el delicado asombro de un hombre que había visto el mundo con tanta claridad que no era capaz de soportarlo y tuvo que morir

(...)

Todas sus obras describen el horror de los misteriosos malentendidos y de la culpa inmerecida que atormenta a los seres humanos. Fue un hombre y un artista dotado de una conciencia tan escrupulosa que seguía alerta incluso cuando los demás, sordos, ya se sentían seguros.

Breve fue el paso de Kafka por este mundo. Pero en sus cuatro décadas de existencia dejó una de las más formidables creaciones de la historia de la literatura moderna.

Por eso, los primeros versos de un poema de Fernando Pessoa - contemporáneo suyo-, podrían haber sido esculpidos en el obelisco que marca la tumba de Kafka en el Nuevo Cementerio Judío de Praga:

Antiguos navegantes tenían una frase gloriosa:

"Navegar es necesario; vivir no es necesario".

Quiero para mí el espíritu de esta frase,

adaptada su forma a lo que soy:

Vivir no es necesario; lo necesario es crear.

Bibliografía

- ARENDDT, H. (1998). *Los orígenes del totalitarismo*. Ed. Taurus. Madrid.
- ARENDDT, H. (2005). “Franz Kafka: una reevaluación. En ocasión del vigésimo aniversario de su muerte”, en *Ensayos de comprensión 1930-1954*, Caparrós editores, Madrid.
- BENJAMIN, W. (2014) *Sobre Kafka. textos, discusiones y apuntes*. Eterna Cadencia Editora, Buenos Aires.
- BRETON, A. (2001) *Manifiestos del surrealismo*. Editorial Argonauta, Buenos Aires.
- BROD, M. (1951). *Kafka*. Alianza Editorial y Emecé editores, Buenos Aires.
- CALVINO, Í. (1993) *¿Por qué leer los clásicos?* Ed. Tusquets, Barcelona.
- CAMUS, A. (1953). *El mito de Sísifo*. Ed. Losada, Buenos Aires.
- CANETTI, E. (1976). *El otro proceso de Kafka. Sobre las cartas a Felice*. Muchnik Editores, Barcelona.
- GANDOLFO, P. (1985). “Sobre el derecho en Kafka”, en *Anuario de filosofía jurídica y social*. Sociedad Chilena de filosofía jurídica y social.
- GONZÁLEZ GARCÍA, J. M. (1989). *La máquina burocrática (afinidades electivas entre Max Weber y Kafka)*. Ed. La balsa de la medusa – Visor, Madrid.
- HABERMAS, J. (2003). *Teoría de la acción comunicativa*, T. I. Taurus, Madrid.
- ISRAEL, J. (1977). *Teoría de la alienación. Desde Marx hasta la sociología contemporánea*. Ed. Península, Barcelona.
- HEGEL, G. W. F. (2009). *Fenomenología del espíritu*. Fondo de cultura económica. Buenos Aires.
- HEPPLE, B. (comp.) (1994). *La formación del Derecho del trabajo en Europa*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social de España.
- KAFKA, F. (1970). *El proceso*. 10ª ed. Losada, Buenos Aires.
- KAFKA, F. (1983) “Sobre la cuestión de las leyes”. En *La muralla china*. Alianza, Madrid.
- KAFKA, F. (1987). *América; Relatos breves*. Ediciones Orbis: Hyspamérica. Barcelona.

- KAFKA, F. (1987) “En la colonia penitenciaria”, en *Obras completas*. Edicomunicaciones, Barcelona.
- KAFKA, F. (1995). *Carta al padre*. Ed. Fontana – Edicomunicación, Barcelona.
- KAFKA, F. (1995) *La metamorfosis y otros relatos*. RBA Editores, Barcelona.
- KAFKA, F. (1995) “Ante la ley”. En *La metamorfosis y otros relatos*. RBA Editores, Barcelona.
- KAFKA, F. (1998) *El castillo*. Ed. Cátedra, Madrid.
- KAFKA, F. (2018). *Cartas 1900-1914*. Galaxia Gutenberg Editorial, Barcelona .
- KUNDERA, M. (1998). *Los testamentos traicionados*. Tusquets Editores, Barcelona.
- LECHTE, J. (1996). *50 pensadores contemporáneos esenciales*. Cátedra, Madrid .
- LYON, D. (1996). *Posmodernidad*. Alianza Editorial, Madrid.
- LYOTARD, J. F. (1990). *Economía libidinal*. Fondo de Cultura Económica S.A. México-Buenos Aires.
- MARCUSE, H. (1993). *El hombre unidimensional*. Ed. Planeta. México.
- MARX, K. (s.f./1867). *El capital. Crítica de la economía política* (Vol. I.). México, DF. Ed. Fuente Cultural.
- MARX, K. (¿1989?). *Manuscritos políticos y filosóficos de 1844*. Editorial Progreso, Moscú.
- MELVILLE, H. (1980). *Bartleby, el escribiente*. Bruguera, Barcelona.
- MICHELS, R. (1969). *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*. Amorrortu, Buenos Aires.
- NISBET, R. (1969-2003). *La formación del pensamiento sociológico*. V. 1 y V. 2. Amorrortu, Buenos Aires.
- ONFRAY, M. (2009). *El sueño de Eichmann*. Ed. Gedisa, Barcelona.
- SEEMAN, M. (1959). “On the meaning of alienation”, en *American Sociological Review*, Dec. 1959, Vol. 24, No. 6, pp. 783-791.
- STACH, R. (2003). *Kafka. Los años de las decisiones*. Siglo Veintiuno Editores, Madrid.

STEINER, G. (2001). "Notas sobre El proceso de Kafka", en *Pasión intacta*, Siruela, Madrid.

WEBER, M. (1964). *Economía y sociedad*. Fondo de Cultura económica, Madrid.

WEBER, M. (1985) *¿Qué es la burocracia?* Ed. Leviatán, Buenos Aires.

WEBER, M. (1991) *Escritos políticos*. Alianza Editorial. Madrid.

Recursos electrónicos

BALDOVINOS, R. (1997) *Lo kafkiano en clave histórica: para una lectura crítica de La metamorfosis*. Disponible en: [Lo kafkiano en clave histórica: para una lectura crítica de "La metamorfosis" | Realidad, Revista de Ciencias Sociales y Humanidades \(uca.edu.sv\)](#).

CORNWALL, F. (2015). "The spirit of 1914 in Austria-Hungary". (before 1960: Prispjevki za novejšo zgodovino) LV - 2/2015 55(2), 7-21. Disponible en: <https://www.ceeol.com/search/article-detail?id=442958>.